VISITA DE A.E.P.E. A TRUJILLO Y GUADALUPE EN SU CONGRESO-IV ASAMBLEA GENERAL (CRONICA A VUELAPLUMA)

Gonzalo Barrientos Alfageme
Universidad de Extremadura

La ciudad de Cáceres se encuentra emplazada sobre el flanco de unas serretas cuarcitosas residuales que destacan con nitidez en la penillanura cámbrico-granítica trujillano-cacereña. Esta penillanura se desarrolla en torno a los 380 metros sobre el mar, mientras que las sierras cacereñas alcanzan apenas los 600 m. El contraste de la llanura y los pequeños relieves suburbanos se aprecia claramente al tomar la carretera de Trujillo, hacia levante.

La penillanura cacereña, que atravesamos, se caracteriza por su roquedo pizarroso del cámbrico. Pizarras intensamente tectonizadas y replegadas a través de diversas orogenias, en especial la herciniana y la alpina. Por tratarse de materiales blandos han sido erosionados con facilidad. Pero la superficie de erosión resultante se ha visto sometida a un intenso lavado, lo que determina la falta de sedimentos superficiales. Así encontramos, con excesiva frecuencia afloramientos puntiagudos de pizarras, de pequeña extensión. Se conocen en la región como "uñas del diablo" y constituyen el exponente visible de una realidad edáfica: los suelos son muy poco profundos. Además, la mecanización cuenta con esta realidad permanente del sustrato rocoso como uno de los más serios obstáculos técnicos.

¿Se trata, entonces, de un desierto? El horizonte se dibuja en las brumas de montañas alejadas una centena de kilómetros. Más cerca no se adivinan núcleos de población, ni viviendas aisladas, ni tan siquiera un árbol o un carrasco. Pastizales, eriales calcinados, pocos eriazos y algún rastrojo o barbecho de tarde en tarde. Pero no es un desierto. Estamos en las dehesas de invierno de la Meseta. El clima suave, mediterráneo, con pocas e irregulares lluvias pero concentradas en la otoñada y la invernada, han hecho de Extremadura una tierra de trashumancia que todavía pervive. Ganado lanar y vacuno, que año tras año visita los pastizales cacereño-trujillanos de San Miguel a San Juan. Volverán luego a la sierra, a la meseta alta y al páramo leonés, donde verdean los prados sanjuaniegos y pasan el verano.

Es también la tierra del secano. Centenares de hectáreas partidas en suertes que ven rotar el trigo cada cuatro, cada diez y hasta más años. Cosechas de cinco o de ocho quintales por hectárea en los años buenos (cada cuatro, diez y hasta más años).

Treinta kilómetros de Cáceres y veinte de Trujillo. El paisaje se ha roto. El horizonte

BOLETÍN AEPE Nº 15. Gonzalo BARRIENTES ALFAGEME. VISITA DE A.E.P.E. A TRUJILLO Y GUADALUPE...
Centro Virtual Cervantes

se alcanza con la mano. Encinas y alcornoques, muy huecos, entre jara y retama, tapizan las vertientes agudas del Tamuja, Gibranzos y Magasca. Es una zona de "riberos" que descubre una más de las tantas dificultades naturales de nuestra geografía. España es, mayoritariamente, meseta. Hasta finales del terciario la península desagua en el oriente. Pero no ha terminado el mioceno cuando la orogenia alpina vuelca el viejo bloque de nuestro suelo. Las aguas han de esculpir nuevos cauces, ahora hacia poniente. La salida natural de los ríos es el Atlántico. Para alcanzarlo han de lanzarse desde los ochocientos y los quinientos metros de las mesetas hasta el mar. El agua, mansa en las Castillas, recobra su vigor torrencial y se encaja lentamente en pizarras y berrocales engendrando un paisaje epigénico que rompe las monótonas penillanuras. Contemplamos el fenómeno en pequeños arroyos dominados por largos estiajes. En los ríos grandes todo es más grandioso. El Duero se encaja en los "Arribes" y el Tajo en los "Riberos". El hombre ha sabido, por fin, hallar el adecuado tratamiento de la naturaleza y ha construido grandes presas que contienen y aprovechan el ímpetu del agua. Por eso Zamora, Salamanca y Cáceres constituyen la primera región española productora de electricidad. Energía que se consume lejos de la cuna.

Saliendo del Magasca nos sorprende la silueta almenada y recia de Trujillo. Hemos dejado la pizarra y entramos en zona de granito. El batolito berroqueño domina toda la llanura entre el puerto de Santa Cruz, el de Miravete y Cáceres. Camino y plaza fuerte romano y prerromano, Trujillo es una ciudad que se justifica por su magnífica situación y su emplazamiento excepcional. La naturaleza le ha conferido el título perpetuo de cabecera comarcal. Todos los jueves, desde hace cientos de años, la plaza se transforma en el enjambre de todos los campesinos, ganaderos y comerciantes de la tierra trujillana. El mercado es algo más que un acontecimiento económico: es el núcleo social de una veintena de municipios; es el alma de la comarca, el origen de los proyectos, la transmisión de las tradiciones. Otro día cualquiera la plaza y las calles de Trujillo sestean casi vacías. La arquitectura civil y religiosa de Trujillo abarca una historia larga y gloriosa, a la que no ha sido ajena la riqueza americana o los tercios de Flandes o de Italia.

Descendemos del castillo hacia el sudeste. La sierra de Guadalupe, Santa Cruz y Montánchez están cerca. En torno al pueblo —ciudad— un collar de cortinas, pequeños huertos familiares hoy desiertos, de los repobladores medievales, antes del campo abierto de la dehesa. La masa discordante de hormigón de un almacén de cereales (silo), rompe la armonía del paisaje y la silueta monumental y los más elementales dictados de la estética.

Con pesar dejamos Trujillo por la puerta de Madrid. De la misma "picota" nace el camino de Guadalupe. De nuevo el berrocal y la encina ceñidos otra vez por el Magasca. Y la pizarra por el alfoz de Madroñera camino de Herguijuela. Un portillo bajo nos abre la mirada hacia el Guadiana. Hay que pasar Zorita, pero la "raña" tapiza el suave declive hasta Madrigalejo. Son valles de solana, amplias solanas de Guadalupe y Villuercas. Encina, olivo, higuera y nopal (chumbera) compiten todavía con el pastizal y campos abiertos de secano. La carretera se estira y endereza como es buena ley en las Castillas hasta las puertas de Cañamero. Los pueblos están engalanados. Ha terminado la cosecha y la era está casi vacía. Algún trillo revive añoranzas, pero las parvas han pasado al granero. Cañamero, Zorita y Logrosán bullen en un carrusel multicolor. Los automóviles no llevan la matrícula de Cáceres, sino las de Madrid, Bilbao, Barcelona, Francia y Alemania. El emigrante toma sus vacaciones al fin de

BOLETÍN AEPE Nº 15. Gonzalo BARRIENTES ALFAGEME. VISITA DE A.E.P.E. A TRUJILLO Y GUADALUPE...
Centro Virtual Cervantes

la cosecha; ayuda a los que todavía no se fueron; da rienda suelta a la nostalgia almacenada durante todo el año.

Pero hemos entrado en las Villuercas por la puerta de Cañamero. No es el ribero, ni la llanura, sino la serranía. Sin demasiada altura (menos de mil metros) las cuarcitas residuales del ordoviciense imprimen inusitada energía al relieve. El Ruecas es un arroyo transparente y umbrío, entre alamedas, apetecido por el caminante de verano. El agua es riqueza en Extremadura. Pero en Cañamero es obligado un alto para probar, no el agua, sino los caldos turbios y generosos de un viñedo reducido pero pujante. Ya tenemos completa la trilogía agrícola mediterránea: trigo, olivo y vid.

La carretera serpentea ahora laderas encrespadas. A su lado, desde Cañamero, el ferrocarril de Villanueva de la Serena a Talavera de la Reina. Es la salida hacia Madrid de los productos del Plan Badajoz. Es un ferrocarril con sus puentes y sus túneles, con audaces y costosos viaductos (como el de Guadalupe), con sus estaciones y hasta con sus raíles hasta... pasado Cañamero. Porque son ya varios los lustros en que las obras están abandonadas. El viaducto de Guadalupe parece un monumento a la redención de Extremadura, tantas veces, al parecer, al alcance de la mano.

La raña y la ladera ponen una nota profunda de variedad en la Extremadura que conocemos. Nos encontramos en una zona de vegetación rica, con un estrato arbóreo intenso, de repoblación. Pinares y eucaliptus, con menos robles, encinas, enebros y castaños como reliquias de la vegetación espontánea. Las Villuercas nos hacen añorar la España de Alfonso X, o la del Libro de la Montería, de Alfonso XI, cuando el bosque tapizaba la mayor parte del solar hispano. Las tácticas guerreras, la necesidad de pan, la presión fiscal, los privilegios de la ganadería, etc., son las más poderosas razones de la deforestación sistemática llevada a cabo. Nos queda un estrato arbustivo denominado "garriga" en la España calcárea y "maquís" en la silícea. La jara, la retama, el carrasco, el piorno, el tomillo, el romero, el cantueso y otras muchas especies aclimatadas al calor y a la sequía protagonizan el estadio degradado de estepa con incierto futuro. Una apicultura artesanal y rudimentaria representa una faceta de su aprovechamiento.

Por eso nuestra añoranza de una España y una Extremadura forestal cuando vemos el pinar de Villuercas, el castañar de Guadalupe. Aun a riesgo de modificaciones en el ecosistema, las terrazas talladas en la ladera para alojar los renuevos constituyen una nota de esperanza.

Estamos ya en el anticlinorio desventrado de Guadalupe. Al mediodía la raña colgada anuncia las aguas mansas de Cijara, más allá de la tierra de Alía. La gran propiedad domina el suelo montaraz y el piedemonte. Reservas faunísticas de jabalí, venado, lince y otras muchas especies hacen de este rincón de Cáceres un extraordinario reducto ecológico a duras penas conservado. El retroceso de la cabra, mantenida del ramoneo, es una esperanza para la forestación. La emigración amortigua las tensiones sociales sin eliminarlas.

Remontamos el arroyo Guadalupejo bajo las arcadas del viaducto. El camino serpentea entre castaños, higueras, olivos, nopales, robles, adelfas, encinas y eucaliptus. Es una fusión entre la España mediterránea y la España húmeda. Las pizarras siguen siempre presentes a pesar de la vegetación tupida. Y a los pocos recodos, Guadalupe. El primero de más de cien topónimos desde Méjico a Filipinas. La Puebla parece derramarse del Monasterio. Es una bella desproporción arquitectónica entre la mole

BOLETÍN AEPE Nº 15. Gonzalo BARRIENTES ALFAGEME. VISITA DE A.E.P.E. A TRUJILLO Y GUADALUPE...
Centro Virtual Cervantes

gótico-mudéjar y la vivienda popular, mitad noble, de soportal de madera de castaño y patio umbroso. Lápidas, escudos y flores en las fachadas.

No es fantasía retórica, es que la Puebla nace y toma su personalidad del Monasterio. De aldea de "turrucas" (tierras pobres) pasa a centro religioso con funciones bien desarrolladas de centro de acogida, artesanal y comercial. El latón, el cobre y la madera de Guadalupe se venden con los barros de Talavera y Puente del Arzobispo. Es un tributo que paga la belleza a nuestra sociedad de consumo, pero es imprescindible justificarnos nuestra presencia con la tarjeta postal y el "souvenir".

Y tras las puertas de bronce repujado, el Monasterio. De espaldas a todo cuanto le rodea. Oasis de riqueza dormida y de cultura. Núcleo de peregrinación, de oración y de turismo. Todo mezclado, sin concesiones, contra reloj: bordados, cantorales y facistoles, zurbaranes, camarines y ave-marías.

Esta es la caricatura de un brazo de la rosa de los vientos cacereña. Los demás, variados, personales, más ricos o, seguramente, más pobres, esperan que no haya sido vana esta visita de Europa a los recios campos de Extremadura.

Centro Virtual Cervantes